

*Las comunidades pehuenches y su relación con los proyectos hidroeléctricos del Alto Bío-Bío**

Manuel Dannemann

INTRODUCCIÓN

La organización social básica que existe en el mundo, en espacios cada vez más limitados por el crecimiento de la población, el surgimiento de nuevos países y el deterioro paulatino del ambiente, evidencia un número cada vez mayor de personas que aspira a obtener bienes y servicios de bienestar y desarrollo, muchas de ellas postergadas durante siglos por su bajo nivel educacional y su escasez de recursos materiales.

*Este artículo reproduce, con el mismo título, gran parte del informe que sobre el tema solicitó INGENDESA, S. A. al Departamento de Antropología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, informe hecho en virtud de un contrato suscrito por el Sr. Rector de la Universidad de Chile, don Jaime Lavados Montes, y el Gerente General de dicha Empresa de Ingeniería, don Carlos Mercado Herrerros, el 18 de marzo de 1991.

El informe fue elaborado por el profesor Manuel Dannemann, en ese entonces Director del mencionado Departamento de Antropología, en calidad de investigador responsable, quien en el trabajo de campo tuvo la colaboración de los antropólogos Eduardo Monardes y Francisco Osorio, egresados de la respectiva Carrera de la Universidad de Chile.

El autor manifiesta su agradecimiento a sus colegas Marcelo Arnold —en la actualidad Director del Departamento de Antropología—, Ximena Bunster, Milka Castro, Domingo Curaqueo, Rolf Foerster, Jorge Kaltwasser y Michel Romieux, por las valiosas orientaciones y sugerencias que recibió de ellos. Reconoce y agradece de una manera especial la oportunidad que INGENDESA dio al Departamento de Antropología para investigar grupos mapuches-pehuenches, y ofrecer proposiciones desde una perspectiva de su dimensión cultural, frente a la posible construcción de centrales hidroeléctricas, en particular a sus ingenieros Germán Rojas, Osvaldo Richards y Roberto Araya, por los antecedentes, materiales y observaciones que proporcionaron al desarrollo del informe. Asimismo expresa su gratitud al Rector de la Universidad de Chile, don Jaime Lavados, por la responsabilidad que confió al Departamento de Antropología; al Vicerrector de Asuntos Académicos y Estudiantes, don Luis Merino, por su constante apoyo; a la Directora Jurídica de la misma Universidad, doña María Angélica Figueroa, por su espíritu de cooperación; a la abogada de esa Dirección, doña Paulina Brito, por la eficacia profesional y la

La ciencia, acicateada por este imperativo, ha logrado vigorosos avances en algunas de sus áreas de aplicación tecnológica, muy fecundos en la agricultura, la ingeniería y la medicina.

Una parte importante de las necesidades de la humanidad se ha resuelto a través de las obras que permiten la producción de la energía eléctrica.

En el caso de Chile, también será imprescindible aumentar progresivamente esta clase de energía, por lo cual se han elaborado los proyectos hidroeléctricos de ENDESA, cuyos efectos en grupos aborígenes pehuenches constituyen el contenido de este estudio.

Al respecto, es fácil y simplista caer en un planteamiento de oposiciones entre la conservación de una cultura indígena y el progreso del macrosistema nacional en el que ella se halla.

Lo que debe considerarse sustancialmente es que todos los grupos aborígenes de América Latina, cual más cual menos, ya han sido incorporados a sus respectivas sociedades nacionales resultantes de un mestizaje, y que ellos tienen los mismos derechos que los demás habitantes de la nación a la que pertenecen; pero que también tienen una condición étnica, una identidad y una tradición cultural propias, sobre las cuales nadie posee las prerrogativas para descalificarlas o destruirlas.

Una complementación equilibrada de ambos elementos bien podría ponerse a prueba frente a la situación que causarían las centrales hidroeléctricas en el Alto Bío-Bío.

DESCRIPCIÓN DE LA SITUACIÓN ACTUAL

Antecedentes históricos

Los antecedentes históricos están constituidos por acontecimientos representativos relevantes de una secuencia orgánica, que permiten conocer e interpretar la condición actual de un grupo humano. Ellos son estudiados y establecidos por los historiadores; muchos recordados y algunos revividos por los propios miembros del grupo. A través de ambas perspectivas pueden asemejarse, diferenciarse o complementarse, lo cual es muy útil cuando se

amabilidad con que se desempeñó en la redacción del contrato de ejecución del señalado estudio; a la alcaldesa de la Municipalidad de Santa Bárbara, doña Victoria Hermosilla de Correa, por su estímulo y gentilezas; a doña Paulina López, Directora de Acción Social de esa Municipalidad, por su generosa y utilísima ayuda, al funcionario de la misma institución, don Tito Iraira, cuyas informaciones fueron de mucha importancia; a los profesores de las Escuela de Callagui, Quepuca-Ralco y Ralco-Lepoy, por su hospitalidad y sentido de participación entusiasta, proverbiales en el área rural de todo Chile, y a los indígenas pehuenches del Alto Bío-Bío, que con sinceridad abrieron el testimonio de sus convicciones, de sus deseos y de sus temores, y a quienes la Antropología debe tener la mano más allá de las páginas de sus publicaciones.

procura que ellos ayuden a orientar y evaluar acciones que modifiquen la vida habitual de un sistema social.

La antropología física, la arqueología y la etnohistoria, no han avanzado aún lo suficiente en Chile como para entregar indicadores generales y con un ostensible grado de precisión, sobre los orígenes o procedencia de los indígenas pehuenches, la gente del pehuén, los recolectores de los frutos de este árbol, piñones o ngillíos en su lengua, elemento decisivo en su alimentación. Sin embargo, hay investigaciones, en su mayoría efectuadas por argentinos y chilenos, que proporcionan valiosos datos sobre la evolución cultural y social de esta etnia.

Gregorio Álvarez, con el apoyo de otros estudiosos, en su obra *Neuquén. Historia, geografía, toponimia*, tomo II, refiriéndose a la que él llama cultura neuquina y a la cual habrían pertenecido los pehuenches, señala que los primeros vestigios de éstos son de la edad paleolítica, edad que el arqueólogo y prehistoriador *Juan Schobinger* sitúa entre los 12.000 y los 6.000 años antes del presente, transformada en neolítica, según el mismo Schobinger, desde los 6.000 hasta los 3.000 a/p., con uso común de piedras horadadas, boleadoras, hachas, tembetás —adornos labiales— y torteras para darle peso y rapidez al huso de hilar lana.

Cree *Álvarez* que 4.000 a 3.000 años a/p. parcialidades pehuenches habrían emigrado por pasos cordilleranos desde el territorio argentino, los más de la zona de Neuquén, a las localidades chilenas donde todavía se hallan sus descendientes, al país pehuenche, como lo denomina *Katherine Bragg*, que se extiende desde el Alto Bío-Bío y Lonquimay hasta el lago Panguipulli, en las Regiones VIII y IX de la división político-administrativa de Chile, y que podría también llamarse *mundo pehuenche*, para enfatizar su tradición cultural y su posición anímica frente a la naturaleza, a su propia y específica sociedad y, por contraste, a la sociedad global chilena.

Gregorio Álvarez añade que hacia el año 1.500 a/p. se habría realizado la penetración mapuche o araucana a las tierras neuquinas actual territorio chileno, produciéndose así el fenómeno cultural de la araucanización de los pehuenches y de los pampas.

El naturalista *Abate Molina*, en la segunda mitad del siglo XVIII, distingue a los pehuenches de los chiquillanes que habitaron la falda oriental noroeste de la cordillera de los Andes, informando respecto de los primeros que vivían en toldos de cueros de animales y que cada tribu ocupaba un valle, empleando como armas el arco y la flecha y las boleadoras, dedicándose asiduamente a la artesanía del tejido de lana y a numerosos viajes para hacer trueques con ella, sal y piñones.

El cronista *Mariño de Lovera* describe a los pehuenches como delgados, con cuerpo altos, bien hechos, insistiendo que, a diferencia de los otros indios de Chile, su mantenimiento es casi de ordinario de piñones. Observa,

además, que su denominación no sería la propia, sino que les habría sido impuesta por los araucanos y luego adoptada por los españoles.

Muchos años más tarde, los relatos de *Guillermo Eloy Cox* sobre sus viajes a la Patagonia hechos durante 1862 y 1863, son de la mayor importancia para conocer las costumbres cotidianas de los pehuenches.

Por su parte, los etnólogos no están de acuerdo acerca del origen de los mencionados aborígenes, los del pehuén-mapu, aunque reconocen sus peculiaridades somáticas y culturales en relación con las de los otros indígenas que también poblaron Chile desde tiempos prehispánicos.

Latham cree que parte de la raza llamada mapuche fue formada por los primitivos pehuenches y pampeanos de Argentina que entraron a los valles transcordilleranos chilenos.

Canals Frau, a través de hipótesis antropológico-físicas, inferidas de restos óseos de antiguos pehuenches, supone que en el norte de Neuquén y en el sur de Mendoza habitó un grupo que pudo ser el primitivo de esos indígenas, somáticamente distintos de los mapuches y notables por su agilidad y ligereza.

En cambio, *Tomás Guevara* sugiere que los pehuenches tuvieron su origen en la cordillera chilena, pero admite que los aborígenes del Río Negro y del Neuquén pudieron pasar a las tierras chilenas por el sur.

En el período de la gestación de la independencia de Chile, las relaciones de los patriotas de este país y de Argentina con los pehuenches de ambos lados de los Andes, tienen un revelador ejemplo en el episodio de la reunión de don José de San Martín con el cacique Neycuñán, el año 1816, según lo recuerda *Gregorio Álvarez* en el tomo III de su obra ya citada, reunión gracias a la cual el General argentino obtuviera la autorización de los indígenas para que sus tropas atravesaran la cordillera por los lugares más convenientes a sus propósitos de la definitiva derrota del dominio español en territorio chileno.

Instaurada la República en Chile, algunos intentos de resistencia y de represalias de soldados españoles y de aventureros criollos, logran la vigorosa ayuda de grupos pehuenches, dando lugar a la denominada guerra a muerte entre estos aliados y el Gobierno Chileno, en la que adquieren temible y siniestra fama por su astucia, tenacidad y crueldad, los cuatro hermanos Pincheira, cuyas correrías y predaciones azotan las regiones sureñas de Chillán y Concepción desde 1819 hasta 1832 (*Vicuña Mackenna*).

Después comienzan las campañas militares argentinas de pacificación indígena y, por lo tanto, de incorporación de los aborígenes de ese país a la soberanía nacional, las que afectan marcadamente a los pehuenches.

En 1833 se realizan las expediciones del Comandante Juan Manuel de Rosas; el año 1879 se inician las incursiones del Teniente General Julio Argentino Roca al desierto, algunas de las cuales guardan relación con las

memorias de *Pascual Coña*, publicadas por el capuchino *Moesbach*, en lo que hace a la llamada sublevación de los indígenas del sur de Chile y del Neuquén por este cronista mapuche. Culmina el proceso con la expedición del General Rudecindo Roca a la cordillera de los Andes del Neuquén, los años 1897 y 1898 (*Alvarez*, tomo IV).

Interesa esta acción nacionalista argentina respecto de la actual existencia de los pehuenches del Alto Bío-Bío, porque es frecuente escuchar a sus ancianos, en especial a los de Trapa-Trapa y Malla-Malla, de acuerdo con su ubicación geográfica, que sus antepasados llegaron desde el otro lado de la cordillera, de Argentina, huyendo del ejército de ese país. Y, en cierta medida, ello es real, aunque también acudieron a los valles cordilleranos chilenos varias familias pehuenches de Neuquén, en busca de mejores perspectivas; sin que pueda desconocerse un pequeño flujo migratorio de pehuenches del lado chileno a territorio neuquino, como lo ha podido comprobar en sus trabajos de campo el autor de este informe, desde el año 1976.

Hasta aquí una síntesis selectiva de informaciones y de opiniones de historiadores y antropólogos.

Pero, ¿qué saben de ellos mismos, los pehuenches, de la que para ellos podría ser su historia, y de qué manera ésta repercute en su presente y sería iluminadora para el futuro que también ellos mismos construyesen y para el porvenir que les depare la organización estatal del sistema nacional de Chile?

Hoy, a los vagos recuerdos de un pasado mítico, en el que sobresale la huida de los seres humanos a un cerro -Tren-Tren-, acosados por las inundaciones causadas por la maligna serpiente Caycay vilú, en el ámbito del diluvio universal (Oyarzún); al paulatino olvido y a las añoranzas de sus épocas de abundancia de tierras, de libertad, de bienestar; se sobrepone la conciencia colectiva que bien resumen estas palabras dichas por el cacique de Ralco-Lepoy, Manuel Neicumán: "Porque nosotros mismos realmente nos consideramos los primeros habitantes de este país; ¿no es cierto? Los verdaderos dueños de las tierras"*.

Lo que es reafirmado por uno de nuestros colaboradores pehuenches de la localidad de Callaqui, quien agrega sus denuncias y expresiones de defensa legítima: "Que la tierra se la entreguen a la comunidad, como era antes; que ningún chileno venga a molestar. Estamos peleando desde hace muchos años. Nos han venido engañando, engañando. Cada año estamos más abajo. No le tenemos miedo a nadie"***.

No pocos pehuenches afirman que tanto las tierras al norte como al sur

*Fragmento textual de una grabación magnetofónica del mes de abril de 1991.

**De una grabación magnetofónica de campo hecha en abril de 1991.

del Biobío les pertenecían, pero que fueron expulsados de la ribera sur de este río y obligados a reducirse a sectores del lado norte.

Después de haber sido cazadores y recolectores nómades y haber vivido en pequeñas comunidades autónomas, de acuerdo con el parentesco local de los miembros de éstas; de ser dueños de numerosos caballares y de ganados bovinos y ovinos; ahora, con la progresiva pérdida de sus tierras ganaderas, presionados y marginados por una sucesión acelerada de cambios sociales, económicos y técnicos, a los que muy parcialmente han logrado adaptarse, son campesinos empobrecidos, habitantes sedentarios de localidades con terrenos agrícolas de mala calidad, algunos con títulos de dominio, expuestos cada vez más al ausentismo de la juventud que busca nuevas perspectivas económicas, transitoria o definitivamente, en otros lugares rurales y urbanos. No obstante aún conservan una identidad que proyectan en la lengua, en los ceremoniales religiosos, el más importante de los cuales es el *guillatún*, y en la cosecha y empleo del piñón.

En el caso particular de quienes habitan en la zona del Alto Bío-Bío, Comuna de Santa Bárbara, VIII Región, se observa hoy una innegable incertidumbre frente a las transformaciones que sufriría su ambiente y a los efectos que ellas producirían, a causa de la construcción y puesta en servicio de las centrales hidroeléctricas de la ENDESA, la primera de las cuales, la de Pangué, comenzaría a materializarse a fines del año 1991 o a inicios de 1992.

Para recalcar las peculiaridades de los aborígenes en referencia y complementar lo expresado sobre su proceso histórico-cultural, se añade una síntesis de la actual condición étnica de los mapuche-pehuenches.

Según lo propuesto por Dannemann y Valencia en su estudio sobre "Grupos Aborígenes Chilenos. Su Situación Actual y Distribución Territorial", la etnia mapuche, compuesta por unas 460.000 personas que conservan esta cultura, se ramifica en tres subgrupos: el mapuche propiamente tal o araucano, el mapuche-huilliche y el mapuche-pehuenche, respecto de los cuales hay distintas opiniones acerca de su unidad y diversidad étnico-social, desde que se iniciaran las investigaciones arqueológicas, etnológicas y etnohistóricas acerca de ellos.

Con un criterio sincrónico puede plantearse que estos subgrupos confluyen en un sistema social indígena, porque comparten una lengua denominada mapudungu, la cual constituye su fuerza identificadora y cohesionante, con variaciones dialectales propias de su dispersión territorial y de otros factores, culturales y sociales específicos de cada uno de ellos.

Los mapuches-pehuenches habitan un área que podría considerarse dividida en dos sectores. El primero comprende localidades del Alto Bío-Bío y de Lonquimay; el segundo, de acuerdo a informaciones verbales del

etnolingüista Adalberto Salas, ocupa una franja de la zona cordillerana occidental que se extiende desde una línea imaginaria a la altura de la laguna de Icalma, por el norte, hasta el lago Panguipulli, por el sur.

Hasta hace pocos años, el principal centro de abastecimiento de los pehuenches del primer sector era la ciudad argentina fronteriza de Copahue, Neuquén, muy particularmente para los de las localidades de Malla-Malla y Trapa-Trapa. En cambio, en la temporada de otoño y de invierno los lugareños ahora acuden más a la ciudad de Santa Bárbara, en territorio chileno, y en casos excepcionales llegan hasta Los Ángeles, capital de la provincia de Bío-Bío.

No obstante el hecho cierto, ya citado, que los tres subgrupos forman un sistema, y que cada uno es un subsistema con un grado de autonomía cultural cada vez más débil, resulta incuestionable que después de un proceso hispánico de conquista y ocupación de tierras, con las obvias consecuencias de un mestizaje sanguíneo y cultural, causante de una paulatina pérdida de la tradición aborígen, todo el sistema mapuche está hoy incorporado en el macrosistema nacional de Chile. Así, ostensiblemente, las comunidades mapuche-pehuenches del Alto Bío-Bío, ya no pueden prescindir de la lengua castellana, de los servicios municipalizados de educación y salud, del orden jurídico y de la organización económica del país, todo ello en una atmósfera social que debe tenerse muy presente cuando se habla de identidad indígena pehuenche, la cual, sin que sea ahora del caso hacer la crítica a las causas y los efectos de su transformación, se halla cada vez más chilenezada, con menos fuerza ancestral, expuesta a una aculturación progresiva por la modernidad que está llegando, inevitablemente, hasta en los más escondidos rincones del Alto Bío-Bío, y por las tendencias laborales que muestran los jóvenes pehuenches, en esta época de una progresiva migración que ellos han iniciado, impulsada por la imperiosa búsqueda de nuevas fuentes de trabajo, como ya se observa en sus labores en empresas de forestación regionales, cuyos principales efectos, a corto y a mediano plazo, no serán fundamentalmente los mayores ingresos salariales, sino que un incontrarrestable mestizaje cultural.

Cualquier reflexión, cualquier acción que se relacione con la realidad actual de los mapuche-pehuenches del Alto Bío-Bío, tiene que medir y evaluar muy clara y objetivamente este fenómeno de la inserción de un sistema empírico aborígen descendente, en otro tecnificado, de impulso universalista, ascendente.

En términos antropológicos somáticos, los pehuenches del Alto Bío-Bío, cuya población alcanza a unas 3.800 personas, poseen rasgos mongoloides, con cabello abundante, negro, grueso y liso; estatura más elevada que la de los mapuches propiamente tales y de los huilliches; más delgados que éstos, con cráneos más altos y por lo tanto con mayor alargamiento de

sus caras. En ellos, así como en los miembros de los otros dos subgrupos, prevalece marcadamente el grupo sanguíneo O.

En el hábitat de los pehuenches del sector concerniente a este informe, se hallan variedades de roble (*Nothofagus obliqua*) así también abundancia de lleuque (*Podocarpus andina*) que tienen fruto comestible, y una cantidad apreciable de araucarias (*Araucaria araucana*) cuyo fruto es el piñón, cuya cosecha constituye una actividad muy representativa de estos indígenas, quienes lo incluyen en su vida cotidiana como parte sustancial de su alimentación, con una evidente connotación de identidad étnica. Tanto es así que algunos estudiosos como *Erize*, usan esta relación para formular la hipótesis del nombre gentilicio de estos aborígenes: pehuenches = gente del pehuén.

En lo que hace a la organización social, el nivel más concreto y determinado de ella está constituido por la familia, monogámica y virilocalizada, que suele extenderse en sentido patrilineal, como lo señala el etnolingüista *Adalberto Salas*, un matrimonio con sus hijos —si éstos son casados, con sus respectivas familias— y sus hijas solteras. La familia individual es también la unidad básica de producción que cultiva un predio con sus propios recursos, formando pequeños centros agrícolas y hortícolas de precaria tecnología, y cuya producción tiene principalmente un consumo interno, vendiéndose, en el lugar de ella o en localidades urbanas, una reducida cantidad.

El poder político de los caciques se encuentra cada vez más disminuido, lo que afecta la unidad de los microsistemas mapuche-pehuenches, unidad y tradicionalidad que se han debilitado más aún por la ausencia de machis en el Alto Bío-Bío, personaje chamánico que no sólo incide en la cohesión religiosa sino que también en la conservación de las costumbres vernáculas en general.

La identidad étnico-social en referencia se basa colectivamente sobre la recolección y consumo de piñones, proveniente de un árbol, la araucaria, directamente vinculado a sus creencias en el poder y en la bondad de la divinidad central: *Ngenechén*, a quien continúan ofreciendo el ceremonial del guillatún, durante cuyo desarrollo la identidad se fortalece y la unidad alcanza el más alto grado.

En los años de este siglo ha influido poderosamente en el régimen social mapuche-pehuenches, la relación con colonos que paulatinamente han establecido sus asentamientos en la zona, acentuando los contactos del mundo indígena con el macrosistema nacional. Y aunque en reducciones como *Quepuca-Ralco* o *Ralco-Lepoy*, los colonos son escasos, y, en cambio, en *Trapa-Trapa* son numerosos, su cultura se irradia por toda la zona pehuenche y produce ostensibles influjos que conducen a la imitación y asimilación de ellas por parte de los indígenas.

Junto a una agricultura precaria, provista de deficientes tierras de cultivo

y atrasadas técnicas, con algunas iniciativas y pocos esfuerzos en los huertos familiares, existe una ganadería, al amparo de los valles precordilleranos, formada por vacunos, ovinos y caprinos, en su mayor parte perteneciente a los colonos, pero algunas familias aborígenes han logrado ser propietarias de pequeñas masas de bovinos y casi todas mantienen en las proximidades de sus viviendas cabríos y ovejas para su alimentación.

Además de la agricultura y ganadería está la producción artesanal, principalmente la textil, entre cuyas piezas se destacan por su cantidad las frazadas, charlinas, calcetas y peleras para las monturas.

En lo que respecta a la vivienda, los pehuenches, al igual que los colonos, han llegado a uniformarla a través de un tipo de construcción de gruesas y grandes tablas de roble, apropiadas para resistir las nevazones de la cordillera, y las cuales reciben la denominación de casas de canogas (canoas), porque su techumbre-cielo, también toda de madera, está constituida por anchos tablones cóncavos y convexos superpuestos entre sí, afirmados mediante cuñas en sus extremos.

La parte más importante de esta vivienda, en cuanto a su significado doméstico y social, es su cocina-comedor, donde se atiende a los visitantes. Las habitaciones-dormitorios son, por lo común, una o dos. A estos recintos se suma, la mayoría de las veces, una construcción liviana de varas, tablas delgadas y techo de madera o paja, que se usa como bodega para guardar forraje y también como pesebrera para los caballos.

Actualmente está apareciendo otra clase de arquitectura, con nuevas formas y materiales: tablas cepilladas y pintadas, techos de zinc, como se observa en casas y en los templos cristianos no católicos que han comenzado a construirse en la zona, demostrando la aparición de cambios religiosos que encuentran cada vez más adeptos, en desmedro de la condición étnica tradicional de los pehuenches.

En síntesis la etnia mapuche-pehuenche, aunque conserva elementos peculiares de su cultura prehispánica, vive hoy un período de acelerado proceso de cambios, con el agravante de buscar nuevas perspectivas, nuevas formas de vida, en otros lugares.

Si no se produce una autovaloración de la identidad cultural, una reactivación interna y poderosa de estos microsistemas pehuenches, por propia decisión de sus miembros, nada ni nadie podrá evitar el aumento de velocidad y de profundidad de sus cambios, que los enfrenta hoy al mestizaje más decisivo de su historia.

Comunidades existentes

Las comunidades pehuenches del Alto Bío-Bío, así denominadas por sus propios miembros, quienes también las llaman reducciones, son siete en la actualidad. Tres se encuentran en la ribera del río Biobío: Callaqui, Quepu-

ca-Ralco y Ralco Lepoy; cuatro, en la ribera del río Queuco: Cauñicú, Pitril, Malla-Malla y Trapa-Trapa*.

Población aproximada. Número de familias

De acuerdo con el precenso realizado el año 1991 por la Municipalidad de Santa Bárbara, a cuya jurisdicción pertenecen las comunidades señaladas, el número de familias indígenas pehuenches, estricta y específicamente consideradas como tales por los encargados de ese registro, es el que a continuación se indica para cada reducción:

Callaqui	66	familias
Quepuca-Ralco	69	familias
Ralco-Lepoy	143	familias
Cauñicú	72	familias
Pitril	48	familias
Malla-Malla	57	familias
Trapa-Trapa	152	familias
<hr/>		
Total	607	familias

Las familias champurrias, denominación que se da a las formadas por la unión conyugal de un hombre o una mujer indígena pehuenche con una mujer u hombre no pehuenche, consideradas étnicamente más cercanas a los indígenas que a los colonos chilenos de la zona, son, a su vez, según la misma fuente de la cuantificación anterior:

Callaqui	4	familias
Quepuca-Ralco	13	familias
Ralco-Lepoy	27	familias
Cauñicú	26	familias
Pitril	5	familias
Malla-Malla	6	familias
Trapa-Trapa	11	familias
<hr/>		
Total	92	familias

*Según Domingo Curaqueo, profesor de *Etnología Mapuche* y experto en toponimia de la correspondiente lengua, académico del Departamento de Antropología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, los significados de estos topónimos son los siguientes: Biobío: de fíu-fíu, nombre onomatopéyico del sonido del viento entre los tallos del junquillo que crece junto al río. Callaqui: forma de ubre invertida, promontorio; quizás por la forma del volcán de ese nombre. Quepuca: piedra de hacha. Ralco: agua gredosa. Lepoy: lo llegado, tal vez por una persona que haya llegado. Cauñicú: agua que corre serpenteante. Pitril: voz onomatopéyica, imitativa del grito de la bandurria. Malla-Malla: lugar de niveles o capas superpuestas. Trapa-Trapa: valle entre cerros contiguos.

Por lo tanto, ambas clases de familias que en uno u otro grado poseen una condición aborigen pehuenche llegan a la cantidad de 699, en circunstancias de que las observaciones de trabajo de campo demuestran que en aquellas en las cuales la madre es pehuenche y el padre chileno, los hijos, en su mayoría, se inclinan por seguir la tradición cultural materna, no sólo durante el período de la infancia y de la adolescencia, cuando permanecen junto a la madre, sino que también en las etapas posteriores de su vida, ya alejados de su primer hogar.

En cuanto al número de habitantes de cada comunidad pehuenche, que aquí se proporciona, él es el resultado del promedio de los antecedentes de población del *Informe global* de la Municipalidad de Santa Bárbara y de la información conseguida en terreno durante los meses de marzo, abril y mayo de 1991.

Callaqui	453	habitantes
Quepuca-Ralco	340	habitantes
Ralco-Lepoy	807	habitantes
Cauñicú	564	habitantes
Pitiril	386	habitantes
Malla-Malla	372	habitantes
Trapa-Trapa	880	habitantes
<hr/>		
Total	3.802	habitantes

ORGANIZACIÓN SOCIAL

Vínculos Comunitarios

Como ya se manifestara, los pehuenches del Alto Bío-Bío, genéricamente, usan la voz comunidad o reducción para denominar la microsociedad a la que pertenecen. Podría decirse que para ellos la noción de comunidad apunta a la condición étnica y a la tradición cultural del grupo; a la identidad en cuanto a compartir formas de vida propias, establecidas en un pasado remoto, inconmensurable, pero del cual emana una conciencia histórica. La lengua mapuche, el ceremonial del guillatún, la cosecha colectiva de piñones, la artesanía del tejido de la lana, los hábitos viajeros ecuestres, constituyen expresiones comunitarias relevantes en cualquiera de las siete pequeñas sociedades pehuenches de la zona.

El concepto de reducción se dirige a una ubicación territorial, con determinadas fronteras naturales, con su entorno, su paisaje, su flora y fauna, su distribución poblacional, sus construcciones; en mayor o menor medida, con la coexistencia de colonos chilenos, también llamados blancos o huincas.

Reducción, también, es la consecuencia física y psíquica de un empequeñecimiento, de un arrinconamiento del mundo pehuenche, hoy marcado y deformado por deslindes artificiales y arbitrarios, cada vez más invadido por una penetración cultural múltiple que arranca de los centros urbanos, transformando la vida indígena.

En esta situación no hay una organización formal que sea generada por una estructura interna de poder social-político, que posea los medios normativos para regular las conductas de los miembros de la comunidad, para imponer un orden autónomo en cada grupo pehuenche.

La capacidad de poder de los caciques se ha debilitado fuertemente. La mayoría de las veces se queda en el limitado nivel de las opiniones, de los consejos y de las recomendaciones, no en el de las decisiones y su consecuente acatamiento. Como es obvio, ello resulta de la inserción de las comunidades pehuenches —y de todas las indígenas de Chile— en el sistema nacional institucional que rige las relaciones de los habitantes del país.

Al respecto, en el citado *Informe global* de la Municipalidad de Santa Bárbara, que en cuanto a sus contenidos de índole cultural y social contó con la asesoría de la antropóloga *Patricia Jerez* y de la ecóloga *Katherine Bragg*, se afirma que “las comunidades o reducciones tienen su organización interna, pero es informal. En cada comunidad existe un grupo de hombres fundamentalmente de buena posición económica según el criterio Pehuenche, que representan la opinión pública y ejercen cierta autoridad, aunque muy limitada”.

“En situaciones concretas puede aparecer en la posición de autoridad cualquier miembro de este grupo. sin embargo, nadie en la comunidad tiene autoridad decisiva o coercitiva, las discusiones pueden ser solucionadas o por acuerdo mutuo o solamente recurriendo a las autoridades chilenas” (p. 26).

A partir de 1985, la Municipalidad de Santa Bárbara inició gestiones para la organización y legalización de Juntas de Vecinos, dentro de las cuales se radican las reducciones indígenas, además de poblaciones de colonos. Es así, como a la fecha, las cuatro unidades vecinales en donde se radican las reducciones indígenas se encuentran con su Junta de Vecinos organizada y con personalidad jurídica.

No obstante, las tareas de las Juntas de Vecinos son muy esporádicas o de pequeña o ninguna importancia práctica. En algunas reducciones, como en la de Ralco-Lepoy, actualmente carecen de actividades. Al respecto, la organización, las obligaciones, propósitos y sentido social, establecidos por la ley de Juntas de Vecinos, son inadecuados para la cultura aborigen de nuestro país, más aún cuando en ellas participan indígenas con una sensibilidad y perspectiva inherentes a su identidad local, y no indígenas con otra concepción y expectativas de su existencia; no porque los primeros carezcan

de la capacidad para actuar en estas instituciones, sino porque éstas, según los pehuenches, no constituyen instancias válidas y operativas para sus aspiraciones y necesidades.

En lo que hace a los caciques de las comunidades las cuales interesan principalmente para este estudio, el de Quepuca Ralco, José Carmelo Levi, goza de la estimación y respeto de su grupo. Junto a él se destaca el ex cacique José Antolín Curriao, quien en una conversación con él, en febrero de este año, dio a conocer su calidad de delegado de la reducción e insistió en la necesidad perentoria de obtener informaciones fidedignas y completas sobre la construcción de centrales hidroeléctricas en la zona, expresando que su petición reafirmaba la gran inquietud e incertidumbre de todos los pehuenches del Alto Bío-Bío.

El cacique de Ralco-Lepoy es Manuel Neicumán, cuyos setenta y ocho años de edad no le impiden mantener un apreciable nivel de cohesión de los componentes de su grupo, con la franca colaboración de su secretario, Antonio Ancanao y del representante de la reducción, José Isabel Necul.

En Callaqui, el cacique José Arsenio Purrán ha presentado informalmente su renuncia en abril de este año, sin que se sepa hasta ahora qué sucederá con su continuidad o sucesión. Su secretario es Segundo Ormeño, encargado de una Organización de Pequeños Agricultores que tiene el apoyo de INDAP y de CONAF. Por otra parte está el influjo moral y la orientación social y económica de Domingo Piñaleo, secretario de la Comunidad de Callaqui, como él mismo lo declarara en nuestra conversación de marzo de este año, y quien es, además, el responsable principal de la Cooperativa Apícola de esta localidad, la cual reúne cerca de veinticinco apicultores y cuenta con la asesoría de la Confederación de Cooperativas Campesinas, VIII Región. Pero su calidad más significativa para los pehuenches del Alto Bío-Bío consiste en ser el representante de las siete comunidades de la zona para la Comisión Especial de Pueblos Indígenas —CEPI—, lo que le ha permitido vincularse con autoridades gubernamentales, con funcionarios de diversos organismos destinados a examinar, evaluar y resolver los problemas concernientes a las tierras indígenas, y con dirigentes y delegados de los otros grupos aborígenes de Chile, no sólo mapuches.

El cacique Purrán, frente a la alternativa jurídica del título de merced de tierras y a la del título de dominio individual de una propiedad, piensa que “si no se pagan contribuciones, en ambos casos daría lo mismo” una que otra, aunque dice que antes, en la época de merced de tierras, la vida era más “comunitaria”. El tiene título de dominio individual, así como aproximadamente otros treinta propietarios de Callaqui, y habría más personas a la espera de incorporarse a ese régimen, según su información.

Pero, Domingo Piñaleo y sus seguidores se han opuesto a los títulos de dominio, siendo fervorosos partidarios de las bondades de la propiedad colectiva de la tierra, como lo fuera en los tiempos de sus antepasados.

Sobre esta discrepancia es ilustrativo el comentario que se lee en la página 22 del ya varias veces citado *Informe global* de la Municipalidad de Santa Bárbara.

“Cuando se constituyó el sistema de las reducciones, a cada grupo amplio de parentesco, de carácter patrilineal, fue entregado, a través del Título de Merced, un terreno en común. La tenencia colectiva o comunal fue hasta cierto punto una ficción legal ya en ese tiempo, puesto que el grupo no trabajaba en forma comunal y los terrenos estaban divididos ya en el período anterior a la formación de las reducciones entre diferentes familias; sin embargo, el sentido de la tenencia común se expresaba por lo menos en el hecho que los terrenos no cultivados quedaban bajo la administración del cacique y cada familia podía adquirir nuevos terrenos solamente a través del cacique. Con la entrega del Título de Merced en el cual fueron todos miembros con derecho al terreno, el cacique perdió su autoridad administrativa y las familias se quedaron con sus terrenos definitivamente. Sin embargo, hasta la dictación del D.L. 2568 de 1979, la ley indígena definía los terrenos de la reducción como poseídos colectivamente por todos los comuneros, lo cual era una ficción legal. Porque para todos los propósitos prácticos, los Pehuenches tienen sus terrenos en forma individual y tienen actitudes de pequeños agricultores individuales hacia ella”.

Esta situación de la tenencia de la tierra, común en todo el territorio mapuche, correspondió a un período entre los años 1884 y 1919, cuyo comienzo coincidió con el fin de la ocupación de la Araucanía en 1883, y en el cual el Estado de Chile entregó 3.078 Títulos de Merced, sólo seis de los cuales recayeron en la zona del Bío-Bío (*Bengoa*, p. 356); período que siguió al de la verdadera y generalizada posesión comunitaria de los campos indígenas, que se remonta a los tiempos prehispánicos.

Las disposiciones legales vigentes, como ya se indicara en relación con lo expresado por José Arsenio Purrán, cacique de Callaqui, que permiten optar por títulos individuales de dominio, tendrán cambios cuando se dicte la nueva ley indígena, una versión de la cual fuera examinada y discutida en el Congreso Nacional de Pueblos Indígenas de Chile, en Temuco, los días 16, 17 y 18 de enero de este año.

En nuestros días, los vínculos comunitarios son, esencialmente, de naturaleza cultural, aunque los religiosos, ya desde la época de la conquista hispánica modificados por la creencia católica, han experimentado poderosos influjos de religiones cristianas no católicas en los últimos diez años, los que han derivado en negativas divisiones de los miembros de las comunidades pehuenches, hasta en el interior de las familias; fenómeno que no es reciente en Chile y que ha producido efectos investigados por antropólogos y sociólogos respecto de otras etnias aborígenes (*Van Kessel*); con el agravante de que en el Alto Bío-Bío se ha generado una progresiva desaparición de los y de las machis, chamanes, sabios, guardadores y aplicadores de los

secretos de la medicina aborigen, que contribuyen intensamente a la aglutinación espiritual de los componentes de las sociedades indígenas y a la conservación de su tradición cultural.

En los trabajos de campo se ha comprobado que en la unidad y tendencia a la continuidad de la sociedad pehuenche, producidas por la lengua, la religiosidad, los modos de producción, la conciencia identificadora de pertenecer al mapu-pehuén, y por expresiones más específicas, como el juego de la chueca, el cultivo del trompe*, los cantos femeninos y otras, subyace la identidad con un sentimiento de defensa, como podría denominarse en términos de antropología psicológica, el que a veces llega a extremos exacerbados, no sin razón, porque es el fruto de un proceso de impotencia, de pérdida paulatina de bienes ideacionales y materiales. Este sentimiento adquiere una profunda fuerza en los instantes cuando el grupo vuelve a percibir sus raíces, su tradición, y ello acontece en la atmósfera mágica de ceremoniales y ritos, como en la del mencionado guillatún, un acto de petición y de agradecimiento a la divinidad; o en la del lako, que consiste en dar el nombre de un pariente antecesor o de un ilustre anciano fallecido, a un niño, y hasta en la costumbre de narrar leyendas sobre etapas formativas de la etnia mapuche-pehuenche.

Relaciones entre comunidades

Los distintos grupos pehuenches que habitan desde el Alto Bío-Bío y Lonquimay hasta la laguna de Icalma y el lago Panguipulli, no poseen en la extensión de esa área ni un flujo de comunicación ni una base de relación.

Los viajes y trabajos de campo en la Comuna de Santa Bárbara demuestran que es poquísimo lo que en Trapa-Trapa o en Malla-Malla se sabe de la vida cotidiana de Ralco-Lepoy o de Pitril, si bien ahora se efectúan reuniones, con o sin funcionarios de organismos gubernamentales u otros, de representantes de las siete comunidades del Alto Bío-Bío, sobre temas de interés común.

Mucho mayor, evidentemente, es la incomunicación y la falta de relación de las comunidades de distintas regiones, como ya se afirmara. Resulta, entonces, normal, por ejemplo, el desconocimiento recíproco que existe entre los pehuenches de Cauñicú, VIII Región y los que habitan la zona de Curarrehue, en la IX.

La oportunidad cuando la comunicación y la relación se manifiestan ostensiblemente y con variadas consecuencias, es la celebración del guillatún que reúne, especialmente en el día de su culminación, a personas de

*Idiófono metálico formado por un marco provisto de una lengüeta vibrátil la cual se golpea con los dedos dentro de la cavidad bucal, que funciona como caja de resonancia. Su procedencia es europea.

localidades vecinas, como es el caso de Quepuca-Ralco con Ralco Lepoy o de Malla-Malla con Trapa-Trapa, ocasión cuando la hospitalidad y sentido fraterno pehuenches se exteriorizan de un modo muy espontáneo y abundante, entre otras atenciones, en comidas y bebidas, y cuando los amigos y parientes, además de sus procedimientos compartidos de devoción religiosa, intercambian noticias y procuran conseguir diferentes propósitos sociales.

De manera que el mundo o país pehuenche, como suele ocurrir en materia de conglomerados humanos, es un enunciado propuesto por los antropólogos, cuya formulación obedece a algunos factores de homogeneidad; pero con el cual, casi con seguridad, no estarían de acuerdo los integrantes de los diversos microsistemas de esa etnia, cuyos argumentos sobre el particular ni siquiera hemos escuchado hasta ahora.

Relaciones con la comunidad nacional.

Grado de asimilación o integración

Del inevitable y creciente influjo de la cultura hispano-chilena en la mapuche-pehuenche, desde los primeros tiempos del mestizaje hasta nuestros días, hay signos demostrativos ostensibles, como es el grado de bilingüismo castellano-mapudungu que existe en toda la etnia y que, por desgracia, tiende a disminuir en desmedro de la lengua vernácula, por la creciente migración indígena a las grandes ciudades, por la expansión de los medios masivos de comunicación y por el desapego que no pocos jóvenes sienten hacia su tradición aborígen, aunque permanezcan en sus comunidades de nacimiento. Otro factor es el de la conversión a las creencias religiosas cristianas no católicas, cuya preceptiva prohíbe a los indígenas la práctica de ceremoniales y ritos propios de las relaciones con sus divinidades o con fuerzas de la naturaleza de ancestro prehispánico, incidiendo en todas sus formas de vida. Súmase la ruptura cada vez más profunda de las diferencias entre el mapu, como tierra propia, como mundo propio, y los sectores urbanos, en un plano ya nacional de la atracción mutua de los polos campo-ciudad, con la interacción que ésta conlleva.

Estos hechos han puesto a los mapuche-pehuenches en el sistema nacional en todas sus áreas: la jurídica, la política, la económica, la educacional, etc., intensificándose así rápidamente su comunicación e interrelación con quienes ellos denominan chilenos, paradójicamente, aún más en algunas ocasiones y actividades, que con miembros de otras comunidades pehuenches del Alto Bío-Bío, desprovistas de las novedades de la modernidad. Y si hubiese dudas al respecto, basta con observar y evaluar lo que acontece con niños, adolescentes, jóvenes, personas maduras y ancianas, de ambos sexos, en los centros de esparcimiento y en los locales comerciales

del pueblo de Ralco, actualmente punto de confluencia comunal de los habitantes indígenas del Alto Bío-Bío, varios de los cuales viajan ya frecuentemente a la ciudad de Los Ángeles.

Esto ha permitido un traslado anímico a otra visión, a otra concepción del mundo, a una nueva realidad, a una nueva vida, a un nuevo futuro para los descendientes de las familias de hoy. ¿Podría haber sido de otro modo, cuando quizás sea triste e imperativamente necesario para paliar o evitar la vergonzosa marginalidad, el retraso y el aislamiento?

En tales condiciones no puede impedirse el avance de la aculturación, que impone exigencias adaptativas férreas, fenómeno desde el cual sería factible llegar a planteamientos sobre la integración y la asimilación, de acuerdo con la terminología propuesta por ENDESA en la pauta requerida para elaborar este estudio.

Si por integración indígena en América Latina se entiende una mayor o menor incorporación de las minorías aborígenes en la existencia de una nación gestada según el modelo europeo-hispánico, con un nivel de participación apreciable en el uso de obligaciones y derechos, es innegable que los mapuches-pehuenches están integrados al macrosistema nacional chileno, pero con un reducido nivel de participación, sólo amplio, flexible y autodeterminable en algunos casos.

Podría argüirse que los pehuenches comenzaron su integración desde las primeras épocas del mestizaje, como ya se dijera, y si se buscan pruebas tangibles en este siglo hay testimonios irrefutables en el Alto Bío-Bío, acentuadamente en los últimos cincuenta años.

Pero nunca ha sido una integración en la cual prevalecieran, en cuanto a propiedad de la tierra, educación, organización política, sus aspiraciones y sus decisiones. La sociedad mayor nacional no tuvo la sensibilidad ni la equidad para encontrar caminos compartidos, para siquiera escuchar las proposiciones de los indígenas. ¿Será viable ahora una integración pehuenche sin debilitar aún más su cultura, su identidad, en una justa medida de su autodeterminación?

La asimilación, en cambio, sería un grado de aculturación más alto, más destructivo, porque implica no sólo un predominio de la cultura de la organización del macrosistema, de una manera drástica, sino la que podría llamarse absorción de la tradición cultural indígena, cuya meta, en nuestro caso nacional, sería la chilenización definitiva de esa cultura.

Sin embargo, pareciera que este proceso es irreversible, inevitable, como lo enseña la historia del indigenismo en América Latina. Hoy el pehuenche está incorporado, aunque no haya sido ése su deseo, a la nacionalidad chilena, y el Estado tiene la responsabilidad de decidir, con la mayor honestidad y eficacia posible, cuál será el destino de ésta y de las otras etnias aborígenes.

Proyección actual de la vida de las comunidades

En el campo de la cultura podemos distinguir dos nociones de proyección: una corresponde a la imagen que otras personas tienen de mí, que otros grupos tienen de mi grupo, que otras naciones tienen de la mía. Imagen que es, obviamente, incompleta, más o menos subjetiva, libre con muchas dificultades de los egocentrismos o etnocentrismo con que un hombre califica a otro o con que un grupo califica a otro.

Respecto de esta noción, y si ella se la aplica a la sociedad mapuche-pehuenche, se comprobará que existe una imagen nacional muy débil de ella, por lo común no sobre la base de un conocimiento de su realidad, sino que tergiversada, deformada, por supuestos de inferioridad provenientes de antojadizas comparaciones de su cultura con aquellas pretendidamente superiores, error causado por el falso criterio con que se miden unas y otras, al prescindir de las legítimas peculiaridades y de las situaciones condicionantes de cada sociedad, de cada cultura, que en rigor, desde la perspectiva relativista antropológica no son ni mejores ni peores, sino que diferentes. Sin embargo, el estado actual de la proyección pehuenche involucra la situación interna de un deterioro acelerado de sus valores, de sus motivaciones, de sus normas, de su identidad, de la práctica de sus bienes culturales, por no haberse podido sustraer, como en parte se manifestara, de los incisivos y convincentes efectos del influjo expansivo hispano-chileno. La obligatoria educación formal, con planes, programas, objetivos, métodos y técnicas, universalista occidentales, los ha alejado de su tradición aborígen y no los ha orientado para elegir, la mayoría de las veces, otras alternativas satisfactorias. Ante estas circunstancias cabría aceptar que muchas conductas culturales pehuenches están reduciéndose a un plano de ejercicio de la recordación, con el empleo de las formas verbales en pasado, lo cual se comprueba en los trabajos de campo, que evidencian cómo la sabiduría de la etnia, en cuanto al respeto integrador de la tradición como estrategia, y al patrimonio tradicional como conocimiento, se va perdiendo sin tregua con la muerte de los ancianos.

El otro concepto de proyección concierne a la manera cómo un individuo o un grupo pretenden mostrarse, actuar, instalarse en el mundo. Claro está que esta noción con la anterior se complementan, ya que por mucho que haga un hombre o toda una sociedad por proyectarse como él o ella creen que son o cómo debieran ser, la imagen que proyectan recibirá variadas interpretaciones de los demás.

Hay, en este segundo ámbito conceptual, dos direcciones de la proyección: una atañe a la mera situación expositiva de la imagen: cómo se desea que otro individuo u otro grupo —o los miembros del mismo grupo del individuo, alcancen una percepción, evaluativa o no, de la o de las personas que se proyectan, sin intentar influir para obtener una buena evaluación ni

tampoco otros propósitos. Una segunda dirección es táctica y pragmática: procura lograr una imagen preconcebida, la mayoría de las veces con el interés deliberado de conseguir un objetivo, con el asentimiento o el rechazo de los receptores de la imagen.

El sistema étnico-social pehuenche no ha necesitado, no ha querido, o no ha podido proyectar su imagen expositivamente, lo que sí, empero, lo han hecho los estudiosos de su cultura, de su historia, de su lengua, de sus condiciones somáticas, en términos parciales y con diversos objetivos de descripción de interpretación de la etnia.

La proyección pragmática de las comunidades pehuenches del Alto Bío-Bío, en el curso de este siglo, se había reducido, hasta ahora, a casos aislados, a reclamos de derechos, a peticiones de ayuda, a solicitar la intervención de autoridades de gobierno, de la Municipalidad, de tribunales de justicia, de funcionarios policiales, para resolver problemas domésticos, individuales o familiares, o para expresar dudas o imposibilidades frente a presuntos cobros de contribuciones, o para requerir asistencia por motivos de salud, invocando tácita o expresamente el desvalimiento, la discriminación y mostrando una imagen débil y compungida.

De pronto, el detonante de las noticias de la construcción de centrales hidroeléctricas impulsa y levanta a las siete reducciones, a las que serían directamente afectadas en mayor o menor grado, y a las meramente solidarias. Se produce una comunicación entre ellas, una interrelación, no una unidad. Se logra una intensificación de la conciencia étnica. Entonces se busca una proyección para obtener, en este tiempo de apremio y de amenaza, una respuesta a sus dudas y temores.

Pero esa imagen que se pretende proyectar muestra, por desgracia, graves deficiencias, severas limitaciones: incapacidad para alcanzar un equilibrio entre los indígenas y su ambiente, elevado alcoholismo, marcada tendencia a una pasividad en el trabajo que deba buscarse fuera de la reducción.

Cultura. Situación socioeconómica y medios de subsistencia

José Bengoa, en su libro que lleva por título *Historia del pueblo mapuche* (Siglos XIX y XX), dice que "los pehuenches poseían costumbres diferentes a los mapuches del valle, no sólo por provenir de raíces étnicas diversas, sino por el medio ambiente que ocupaban. No eran cultivadores ni siquiera en pequeña escala, y su principal alimento era el piñón o pehuén de la araucaria. En la zona que ocupaban los pehuenches había grandes bosques de araucarias o pinalerías. *Poeppig* calculó que "un individuo podía ser alimentado durante todo el año con los frutos de a lo sumo dieciocho araucarias", lo cual otorgaba un cierto grado de holgura alimenticia. Con el piñón se hacía una harina utilizada en la elaboración de una especie de pan o torta. Se la

comía también tostada y de otras variadas formas. Había un cierto grado de intercambio de piñones, ya que llegaban a las ciudades del centro de Chile. Los pehuenches comían preferentemente la carne de yegua, más de su agrado que la de vaca, al parecer por el similar sabor con la carne de avestruz, favorita de esta sociedad". (p. 91).

Añade que "los artículos de comercio que poseían los pehuenches eran los caballos, famosos por lo diestros; las llamadas ovejas pehuenches eran de lana muy tupida y apreciada para las monturas; y lo más tradicional era el intercambio de sal como se ha dicho en capítulos anteriores. En la vertiente oriental de la cordillera hay pequeños ríos salobres que se cubren de costras de sal; hay pequeños depósitos a consecuencia de la salinización, de donde se obtiene sal en bloques y cuyo comercio se realizaba por toda la zona austral y alcanzaba al centro de Chile". (p. 92).

La tradición cultural pehuenche, a través de sus hábitos y bienes, conserva valores, pautas y normas, sujetos primordialmente a la relación hombre-tierra en el ciclo anual, estructurado por dicotomías de la naturaleza física y de la condición humana, entre otras, cerros y valles, territorios secos y ríos, calor-sol y frío-nieve; siembras y crianza de animales, riego y carencia de agua, labores de veranada, entre diciembre y abril, y tareas de invernada, entre mayo y noviembre.

El aprendizaje y transmisión de la cultura propiamente pehuenche se hace por vías empíricas orales, a menudo en conflicto con los conocimientos y actividades adquiridos por la educación formal, como se indicará más adelante.

Cuando se permanece en períodos de dos o más meses en comunidades pehuenches, se vive en sus casas, se comparte algunos de los trabajos de sus habitantes, se asiste con interés y respeto a sus ceremonias, se viaja a caballo con los hombres que muestran, nombran y describen los lugares, se conversa con los niños sobre los árboles, las aves, los peces, los insectos, van surgiendo peculiaridades culturales sin cuyo descubrimiento y cuya comprensión permaneceremos siempre ajenos a esa sociedad. Las más profundas y representativas de esas peculiaridades, como ya en parte se ha indicado, conciernen a su lengua, en la cual los topónimos entregan a los aborígenes vivencias de orientación y de sectorización; a sus creencias religiosas, no sólo a las que confluyen en el guillatún sino a las relativas también a las distintas divinidades de su mundo espiritual; a sus modos de producción y obtención de recursos, como la artesanía del cuero y de la lana, la recolección de piñones, el consumo y la comercialización de éstos; a los cantos de las mujeres con temas de labores domésticas. Y aunque ya terminó la época de la gran fama de los jinetes pehuenches, todavía es digna de admiración la destreza de estos aborígenes en el uso del caballo, cuya importancia en su cultura se aprecia en las largas distancias que cubren

gracias a este animal como medio de transporte cotidiano y en su empleo para las faenas de trilla de trigo.

Lo más objetivo y particular en la "caracterización sociocultural" del Informe de la Municipalidad de Santa Bárbara, se refiere a los "roles en la familia". "El hombre pehuenche, que antiguamente fue cazador y guerrero, ahora es pequeño agricultor, criador y en muchos casos, artesano. Al nivel de la comunidad, un hombre toma el rol del cacique y el consejo que gobierna se constituye por cuatro o cinco varones. En la familia, el hombre actúa como jefe de hogar, pero comparte la responsabilidad y autoridad con su señora".

"El rol principal de la mujer es ser madre y dueña de casa. Además es huertera, meica —médica— y tejedora. Ayuda en todas las tareas del hombre, y es capaz de reemplazarlo en casi todo, en el caso que se quede viuda". (p. 32).

En lo que hace a la economía y a los medios de subsistencia son indiscutibles la marginalidad y subdesarrollo del Alto Bío-Bío que plantea el mismo Informe, precisando que la "escasez de recursos no sólo parece ser relativa, viéndose reflejada en la falta de capital y capacidad empresarial, altos porcentajes de analfabetismo y deserción escolar, existiendo un deterioro extremo de la vivienda unido a la falta de servicios mínimos, carencia de electrificación en áreas rurales necesaria para apoyar el proceso productivo y para mejorar la calidad de vida, cobertura de salud reducida, presentándose casos de avitaminosis por falta de una adecuada dieta; también han sido generadores de algunos escasos productos de origen silvoagropecuarios y aportadores de mano de obra para otras zonas por cuanto, al menos en la última década se aprecia una emigración neta de la población pehuenche, en especial jóvenes solteros, a trabajar en labores agrícolas dentro de la comuna".

"Una parte importante de la población se encuentra a nivel de subsistencia, empleando técnicas productivas rudimentarias con la consecuencia de obtener bajos rendimientos, escasa o nula producción comercializada y por ende, ingresos muy bajos. Las condiciones naturales en que se encuentran no les permite, a un grupo importante, tener un nivel de vida aceptable lo cual ha conducido a que exista desconfianza en la tierra, en el trabajo agrícola y en su futuro". (p. 91).

En la vida pehuenche, cuya principal actividad económica anual permanente es la agricultura, complementada por una menguada ganadería caprina, ovina y porcina y una bovina más precaria aún, los procedimientos de monocultivo, principal o únicamente trigo, han causado una grave, y en algunos terrenos, definitiva erosión, como consecuencia de una feroz tala de los bosques autóctonos, para lograr leña y aumentar los campos de siembra.

Al flagelo de la erosión se suma la carencia de conocimientos y técnicas para evitar el empobrecimiento de la tierra y conseguir una aceptable

producción agrícola y hortícola; así como también se añade la falta casi total de asesorías y de ayuda crediticia, si bien deben reconocerse contados esfuerzos para estudiar la magnitud de estos problemas y proponer soluciones, como es el proyecto Educación Integral en zonas rurales pobres, del Ministerio de Educación con la cooperación de la OEA, y el proyecto Metodología para la Educación Tecnológica en predios rurales marginales, del Departamento de Zootecnia de la Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales de la Universidad de Chile con la cooperación de la OEA; respecto de los cuales la Municipalidad de Santa Bárbara ha manifestado su intención de llevar a la práctica algunas medidas necesarias recomendadas por dichos proyectos.

La recolección, conservación, consumo, venta y trueque de piñones son también acostumbrados en Quepuca-Ralco, Ralco-Lepoy y Callaqui; como asimismo lo es la siembra de trigo y la ganadería con predominio de cabras, ovejas, cerdos y unos pocos vacunos y caballares.

En Quepuca-Ralco se produce en mayor cantidad que en las otras dos comunidades, la artesanía de la lana, en especial calcetines, chalecos y mantas, con buena respuesta de compra de los turistas.

La migración laboral estacional, las más de las veces con destino a la actividad de la forestación, y que se comprueba en todas las reducciones pehuenches del Alto Bío-Bío, es más frecuente en Callaqui que en cualquiera de las otras, dada la mayor proximidad de ella a Santa Bárbara y Los Ángeles, hoy facilitada por la carretera construida por la Dirección de Vialidad.

En síntesis, los medios de subsistencia más comunes de los grupos pehuenches son:

Ganado caprino, ovino, porcino, en mucho menos cantidad, bovino y cada vez menos caballares.

Aves de corral, principalmente gallinas.

Producción de miel.

Cultivo de trigo, papas, y en las llamadas huertas, cercanas a las casas, porotos, zapallos, habas, lechugas, ajos.

Piñones.

Frutas: guindas, manzanas, membrillos, peras.

Carbón y leña.

Muebles y utensilios de madera, de mimbre y de coligüe.

Tejidos de lana: calcetines, frazadas, mantas, peleras para montura.

Todavía la dirección productiva de las familias pehuenches, que son autónomas en la mayoría de las actividades económicas, desemboca en el autoconsumo, esto es, que la mayor parte de la producción se consume en el interior de la familia, como lo corrobora el *Informe global* de la Municipalidad de Santa Bárbara (p. 99), el que, además, indica que la producción no es especializada y que el contacto de los productores es poco usual con los

mercados de comercialización (p. 99), lo que se puede verificar habitualmente con la compra, la venta y el trueque de los pehuenches en relación con las ofertas de los comerciantes ciudadanos de la Región.

Muy atinente respecto de lo acontecido con los ingresos de los pehuenches durante los últimos quince años es lo planteado por dicho *Informe global* en su página 101: “Un ingreso importante para el grupo familiar lo constituyeron los programas de absorción de cesantía (PEM y POJH) que acogieron por años a un número importante de indígenas”.

“Si bien ello permitió un ingreso adicional a las familias y la realización de obras (principalmente caminos) que son fundamentales para el desarrollo, sentó un precedente al crear el Estado fuentes de empleo que no podrían perdurar en el tiempo, cambiando además el esquema socioeconómico de los habitantes del Alto Bío-Bío”. (p. 101).

A lo que debe sumarse el cese de la donación de alimentos por instituciones como la Comunidad Económica Europea.

OBRAS DE INFRAESTRUCTURA Y EQUIPAMIENTO COMUNITARIO

La vivienda

En primer término es conveniente recordar que el actual tipo de vivienda del Alto Bío-Bío, la casa de *canogas* —por canoas— denominada así por la superposición horizontal de grandes tablonos de roble, cóncavos y convexos, que forman su techumbre, fue llevado a esa zona por los colonos en el primer cuarto de ese siglo, como réplica modesta y reducida de un modelo habitacional tradicional europeo-hispano. Hoy domina en el paisaje arquitectónico, tanto en el caso de los no indígenas como en el de los indígenas, con excepciones que se observan en familias pehuenches de un alto grado de extrema pobreza, las que se cobijan en muy precarias construcciones, que quizás por su condición no podrían considerarse casas o viviendas propiamente tales desde un punto de vista arquitectónico estricto.

Estas casas de *canogas*, en su gran mayoría, son de pequeño tamaño, con una o dos piezas-habitaciones, por lo tanto insuficientes para familias de numerosos miembros, los que se reúnen a diario en la cocina-comedor, en torno al fogón central, sobre el cual se ponen o se cuelgan los recipientes para la preparación de alimentos, en una atmósfera de humo espeso, sin la necesaria ventilación, que va dejando inexorablemente una capa compacta semisólida de hollín en los muros y en el cielo, y que produce crónicas enfermedades en los ojos y vías respiratorias.

Varias de estas viviendas han perdido algunas de sus *canogas* por la vejez y el deterioro natural, siendo ellas reemplazadas por planchas metálicas. Sus bodegas son muy estrechas, a veces instaladas en el interior de las

habitaciones, y otros anexos, como las pesebreras y gallineros, podrían ser más funcionales y de mejor calidad constructiva.

Pero esta clase de vivienda tiene la resistencia para soportar el enorme peso de la nieve en el invierno, se levanta por autoconstrucción de sus moradores o por obra de algún artesano-constructor del lugar, con materiales proporcionados generosamente por la naturaleza, en rigor sólo madera elaborada con hacha y azuela, cada día más escasa por culpa de la sobreexplotación del bosque nativo.

En lugar de suprimirlas por las limitaciones señaladas, como aconsejan algunos planificadores, en circunstancias de que todas ellas son superables, lo más sensato sería aprovechar sus cualidades tradicionales: sus simples y bien conocidas técnicas de construcción, la nobleza de sus materiales, su reciedumbre, su armonía con el entorno, y ampliarlas, dotarlas de la adecuada ventilación, de una equilibrada distribución de los espacios interiores, y, en lo posible de elementos decorativos significativos y amenizadores para la cultura y la satisfacción anímica de los pehuenches, en procura de una vida familiar y vecinal más grata; equipándolas con servicios higiénicos, en el futuro con energía eléctrica y con medios de calefacción que aminorasen o detuvieran la transformación en leña de los árboles cordilleros chilenos, algunos próximos a su extinción.

Las obras de infraestructura avanzan muy lentamente.

“En el sector Alto Bío-Bío, las familias indígenas no disponen de agua potable ni red de alcantarillado para el saneamiento básico de sus viviendas, por lo que satisfacen esta necesidad en forma rudimentaria”. (*Informe global*, pp. 84-85).

“...se abastecen de agua a través de vertientes, agua de río y en muy pocas casas con sistema de pozo o noria”. (*Informe global*, p. 85).

En esta materia la preocupación de la Municipalidad de Santa Bárbara se ha concretado en entrega de letrinas sanitarias y en programas de ejecución de proyectos de mejoramiento del hábitat de familias indígenas, que requieren de una constante y enérgica orientación educacional, proyectos que corresponden a saneamiento básico, a implementación de cocinas y dormitorios, con el apoyo del F.N.D.R. (1989-1991).

Los ejemplos de equipamiento comunitario provienen de las escuelas, de las postas de asistencia de salud, de los almacenes de venta de mercaderías de la Empresa de Comercio Agrícola, destacándose el gimnasio con multicancha de Ralco-Lepoy.

Salud

La atención de la salud es de responsabilidad municipal, según la actual ley chilena de municipalidades.

En cada comunidad indígena hay una posta de primeros auxilios, según

la nomenclatura tradicional, cuyos encargados se distinguen por su vocación de servicio, su abnegación y capacidad. Suelen salvar la vida de accidentados y de víctimas de repentinos trastornos orgánicos, en circunstancias de que las rondas médicas se efectúan cada quince días, siempre que el estado climático lo permita.

En los últimos años se ha puesto en marcha un convenio de asistencia odontológica, establecido entre el Municipio y la Universidad de Concepción, así como también ha funcionado el Programa de Atención Materno-Infantil, que realiza controles periódicos de niños, proporciona leche para menores de cinco años y entrega alimentos a madres embarazadas con síntomas de desnutrición.

No obstante estos recursos, reforzados centralizadamente por el Hospital de Santa Bárbara y por el Hogar de la Madre Campesina, los problemas del sector salud son muy complejos y agudos, entre otras causas, por la apartada ubicación de localidades como Ralco-Lepoy y Quepuca-Ralco, que en tiempos invernales lluviosos quedan aisladas, con las habituales dificultades para el traslado de enfermos, las que aun en períodos benignos del año subsisten por falta de medios de movilización; así como también por el insuficiente equipamiento de las postas y por la escasa cantidad de medicamentos con que ellas usualmente cuentan.

Las enfermedades más comunes que sufren los pehuenches son la epilepsia, bronquitis, bronconeumonía, tuberculosis, diferentes afecciones a la piel y a los ojos, en un triste cuadro de desnutrición, mayoritariamente infantil, producto de un nivel económico social de extrema pobreza.

Educación

En relación con las comunidades pehuenches, que constituyen el tema central de este estudio, cabe informar que en la actualidad hay una escuela-internado mixta, particular y subvencionada, en Quepuca-Ralco, que este año ha alcanzado el nivel del 7º año de enseñanza básica. Su matrícula es de 120 alumnos, 90 de los cuales son internos. Dispone de alcantarillado y de luz eléctrica, la cual también beneficia a la posta y a la casa del cacique.

En Ralco-Lepoy funciona también una escuela-internado mixta, municipal, la G-1181, que tiene hasta 8º año de enseñanza básica, con una matrícula de aproximadamente 290 alumnos. Posee luz eléctrica, extensiva al gimnasio comunitario.

A su vez, en Callaqui existe una escuela mixta municipal, la G-1183, cuyo nivel de enseñanza básica llega hasta el 6º año y cuya matrícula es de aproximadamente 105 niños.

El encuentro de la educación informal con la formal produce situaciones y efectos más o menos difíciles, a veces antagónicos y conflictivos en los niños, en los padres y en los profesores. Respecto de las comunidades debe

considerarse que sus niños tienen una personalidad obviamente en parte estructurada cuando ingresan a la escuela y, en consecuencia se incorporan, quieranlo o no, a la sociedad y a la cultura chilena, con dificultades a menudo fuertes en la comunicación verbal y no verbal, especialmente en cuanto al idioma castellano.

Como lo expresara la asistente social y Directora del Departamento de Acción Social de la Municipalidad de Santa Bárbara, Paulina López, en marzo de este año, “el primer gran choque cultural se produce cuando el niño entra a la escuela”. Sobre el particular se transcribe un informe psicológico sobre un niño pehuenche de seis años, que no sólo corrobora la aseveración anterior, sino que es un índice veraz de índole general, comprobable hoy en muchos casos de alumnos pehuenches de todas las escuelas del Alto Bío-Bío. (Véase anexo N° 1).

A mayor abundamiento de lo dicho, “Los padres pehuenches en general dan poca importancia a los estudios y mandan a sus hijos a la escuela para cumplir con la obligación y aprovechar la alimentación que reciben. Apoyan poco o nada en la casa con las tareas en la noche, y raras veces preguntan a los niños sobre temas de la escuela”.

“Los niños avanzan lentamente en la escuela. Con dificultad pasan del primer año al segundo en un año, por la desventaja del lenguaje y por estar enfrentados por primera vez con una autoridad que dicta monólogos. Los niños no se sienten incentivados por buenas notas, ni desanimados por no pasar de curso. Son excelentes en todas las manualidades, por ejemplo, niñitos hombres y mujeres desde el primer año bordan con éxito y gozo”. (*Informe global*, p. 39).

Según el mismo Informe, los factores principales que inciden en el contexto indígena, “interactuando entre sí, y afectando los índices educacionales”, son:

Un alto grado de analfabetismo.

Ausentismo y deserción escolares significativos.

Programas no adaptados a las necesidades y realidad social y cultural de los pehuenches.

Las características climáticas y geográficas del Alto Bío-Bío.

La condición económica de los grupos familiares. (*Informe global*, p. 40).

Como puede verificarse en todas las comunidades pehuenches de la zona, marcadamente en Trapa-Trapa, Malla-Malla, Ralco-Lepoy y Quepuca-Ralco, las grandes expectativas de los padres correspondientes al tránsito escolar de sus hijos se resumen de la siguiente manera:

Que aprendan a leer y escribir.

Que reciban alimentación.

Que aprendan a trabajar.

CANALES DE COMUNICACIÓN CON LAS COMUNIDADES PEHUENCHES

Por las observaciones hechas en el trabajo de campo y las opiniones de los pehuenches recogidas durante él, sería conveniente establecer permanentemente simples y rápidos canales de comunicación y de intercambio de ideas y criterios, sobre el problema que preocupa a los indígenas, con sus líderes, sean caciques o no, y no sólo de las comunidades que serían afectadas sino que de las siete reducciones. También hay familias de bien ganado prestigio y de notable influjo en cada comunidad, que en términos sinceros y precisos manifiestan las percepciones y los deseos de los miembros de sus grupos. Pero tratándose de la magnitud de los efectos de las centrales hidroeléctricas, el mejor procedimiento para asegurar una comunicación eficaz, imprescindible, es el diálogo con los miembros de las comunidades pehuenches, ojalá con todos, en sus lugares de vida cotidiana, motivando una relación fácil y honesta, buscando elementos de consenso entre las partes, sobre la base de una información completa y comprensible para ambas.

Así como hay representantes de diferentes instituciones que han acudido, con diversos propósitos, a conocer y, algunos, a tratar de solucionar, los problemas reales y potenciales, próximos y remotos, que surgirían de la iniciativa de ENDESA, así también ésta necesita mantener una presencia en las comunidades y una vinculación constante con sus miembros, porque muchas de las acciones que se decidan efectuar ahora y en el futuro, se entenderán correctamente y se podrán llevar a la práctica con eficiencia sólo a través de una comunicación muy abierta y atenta con los pehuenches, y, en algunos casos, de la orientación que ellos propongan para determinadas situaciones.

Como interlocutores válidos de las comunidades pehuenches, en cuanto a instituciones gubernamentales, se destacan, por su capacidad y sensibilidad de comprensión de la cultura indígena y por la perseverancia de su labor, la Municipalidad de Santa Bárbara, la Oficina de Asuntos Indígenas de la Gobernación de Los Ángeles, a cargo de la antropóloga *Patricia Jerez*; recientemente, la Comisión Especial de Pueblos Indígenas. En lo que hace a instituciones no gubernamentales, han desempeñado una importante función la Fundación de Desarrollo del Alto Bío-Bío —FUNDEB— dependiente del Obispado de Los Ángeles, que proporciona asesorías y ayuda en la obtención de créditos, con destino a la actividad agrícola; Ingeniería y Servicio —INGESER— que actúa mediante convenios con INDAP, especialmente en proyectos de transferencia tecnológica; la Federación de Cooperativas Agrarias Regionales —FEDECOAR; AGROTEC, a través de estudios del ambiente solicitados por ENDESA. Hay que añadir a las escuelas particulares de Cauñicú, Pitril, Malla-Malla, Butalelbún —parte de la reducción de Trapa-Trapa— y en lo que concierne a este estudio en particular, la escuela de Quepuca-Ralco.

Creo que estas instituciones, así como otras, cuyas tareas por ahora sólo conozco inicialmente y, por lo tanto de una manera incompleta, son también interlocutoras válidas de la ENDESA, por lo que ésta debiese profundizar sus contactos con ellas.

Pero estimo muy convencidamente, reafirmando lo dicho, que la propia ENDESA debe adquirir la calidad de interlocutora válida para las comunidades pehuenches, demostrando su voluntad de informar, de escuchar, de dialogar y de dar una participación real a los indígenas en la búsqueda de soluciones de sus problemas.

EFFECTOS DE LAS OBRAS HIDROELÉCTRICAS

Expectativas, aspiraciones y aprensiones frente a los proyectos de la ENDESA

¿Qué piensan, qué esperan las comunidades pehuenches sobre el particular?

Sus ideas son vagas, a veces meras conjeturas, con frecuencia contradictorias entre los miembros de una misma reducción, ya que, como se expresara anteriormente, las informaciones que poseen acerca de estos proyectos son escasas, en parte deformadas por la situación emocional que viven los indígenas, en parte por la diversidad de versiones orales de distinto origen que corren por la zona: de antropólogos, biólogos, ecólogos, geógrafos, ingenieros agrónomos, sociólogos y otros especialistas que han estudiado a los pehuenches del Alto Bío-Bío en relación con los proyectos de la ENDESA; de funcionarios de instituciones gubernamentales y de la Municipalidad de Santa Bárbara, de representantes de organismos no gubernamentales, de miembros de partidos políticos; de profesores de las escuelas, de comerciantes, de turistas, etc. Como para hacer un catastro de variables y confrontarlo después con lo que realmente ocurrirá.

De acuerdo con las opiniones obtenidas en el trabajo de campo, la gran expectativa, e inherente a ella, la gran aspiración de los pehuenches consiste en evitar y solucionar los problemas que provendrían de la construcción de las centrales, convencidos de que carecen de la capacidad para ello.

La principal aprensión pehuenche se concentra en el peligro de perder sus tierras, quedando impedidos de disponer del espacio para sus magros cultivos, para la crianza de sus animales, para la recolección del ngillío, para conservar sus casas y la permanencia y cohesión del grupo. El peligro de abandonar el pehuén-mapu, no sólo como lugar físico, sino que como concepción de vida.

¿Cuáles son las expectativas, aspiraciones y aprensiones, manifestadas en abril de este año por los caciques de Quepuca-Ralco, Ralco-Lepoy y Callaqui, así como las del delegado de las comunidades indígenas?

Don Carmelo Levi, cacique de Quepuca-Ralco, no está de acuerdo con la construcción de la central Ralco porque traerá mucha gente a la reducción, produciéndose robos y violaciones de mujeres pehuenches. Estima que la inundación podría perjudicar a unas quince familias con la pérdida de tierras. Añade que no habría trabajo para los indígenas en las obras de la ENDESA porque ellos no son obreros calificados, argumentando que el mismo buscó efectuar alguna actividad en la construcción del camino destinado a la central Pangué y no halló ninguna acogida. Sin embargo su posición no es beligerante, ya que pretende un entendimiento con la ENDESA, pero precisando que si la central fuese inevitable, existirá la obligación de compensar a las familias afectadas y de proporcionar trabajo a los miembros de su comunidad durante la construcción de ella.

Don Manuel Neicumán, cacique de Ralco-Lepoy, cuyas opiniones fueron compartidas por su secretario don Antonio Ancanao, dijo ignorar cuál sería exactamente el sector de ubicación de la presa y de las tierras que pudieran ser inundadas, ya que sólo había escuchado rumores al respecto. Se quejó de la ausencia de autoridades de la ENDESA, las cuales, con esta actitud, creaban una incertidumbre. En cuanto al hecho de inundación de tierras que algunos anuncian, expresó que, de hacerse efectivo, causarían serios daños, entre los que estaría la desarticulación de la comunidad, ya que algunas familias tendrían que abandonar la reducción y quizás asentarse en sectores distantes, aún más cordilleranos.

Dio a saber su esperanza por la fuente de trabajo que podría ser para los pehuenches la construcción de la central Ralco, ojalá semejante a lo que fueron el PEM y el POJH, no obstante que sólo tres personas de su comunidad trabajaron en la obra del moderno camino de acceso a la central Pangué. Expuso su preocupación por la gente extraña que llegaría a cumplir tareas en la central Ralco, concluyendo que los miembros de su grupo no se beneficiarían con este proyecto, ni antes ni después de que entrara en operación.

En Callaqui las opiniones están más divididas. Hay un subgrupo compuesto en su mayoría por socios de la Cooperativa Apícola, encabezado por don Domingo Piñaleo, representante de las siete comunidades pehuenches del Alto Bío-Bío ante la Comisión Especial de Pueblos Indígenas —CEPI—, que inicialmente se opondría a la construcción de cualquier central; otro, en cambio, con más integrantes que el primero, en el que tiene injerencia el cacique José Arsenio Purrán, no rechaza los proyectos de ENDESA, pero aspira a “que nadie sea pasado a llevar”, y también a que se concreten posibilidades de trabajo cercanas respecto de la central Pangué y otras más inciertas en relación con las otras centrales, pese a que en la construcción del camino para la central Pangué la ocupación de mano de obra pehuenche de Callaqui fue muy reducida.

PRINCIPALES EFECTOS DE LAS CENTRALES

Central Ralco

Su proyecto "se basa en la utilización del accidente topográfico más conspicuo existente en el valle del curso Alto del Bío-Bío, que es la angostura de Ralco" (*Von Bennewitz*, p. 113).

Efectos negativos correspondientes al período de construcción de la presa.

Inundación de terrenos

Esta central, que se pondría en servicio después del año 2000, inundaría 4.800 ha, según información de INGENDESA.

Del estudio hecho por AGROTEC el año 1990, sobre valorización de los terrenos requeridos para la central de Ralco, y de la consulta de planos de INDAP, Ministerio de Agricultura, facilitados por INGENDESA, se infiere que en Quepuca-Ralco quedarían afectadas 31 familias, que ocupan actualmente 2.405,86 ha, de una superficie total de 11.695,07 ha que posee esta reducción, lo que significa un 20,57% de esa superficie total. La misma central, en cuanto a los habitantes de Ralco-Lepoy y la continua localidad de Vegas de Ralco, afectaría a 61 familias, que hoy viven en una cantidad de 584,5 ha, de las 5.856,84 ha que totaliza la reducción, vale decir, un 9,98% en circunstancias de que la cota de coronamiento del embalse sería de 750,000 m.s.n., y la de aguas máximas, de 745 m.s.n.m.

Llegada de personas no pehuenches

Para la construcción de la central de Ralco, así como para las obras de vialidad que permitan un expedito transporte de hombres y materiales hasta el lugar de las faenas, será forzoso contratar personal, en su mayoría compuesto por obreros, ajeno a la localidad y a la cultura pehuenche; por lo tanto, con costumbres distintas a las indígenas, lo que producirá cambios inevitables en Quepuca-Ralco y en Ralco-Lepoy, algunos de los cuales podrían vulnerar la tradición aborígen que orienta los valores y las conductas pehuenches. A su vez, esta repentina confluencia humana de componentes disímiles generará relaciones sociales muy complejas, que quizás deriven en situaciones conflictivas, si se piensa en la heterogeneidad de quienes lleguen de afuera, en la rapidez de su aparición y en la transitoriedad de su permanencia, y en su ignorancia sobre la vida de los indígenas y tal vez desprecio hacia ellos.

Estos factores y sus consecuencias de transformación y de desequilibrio de la realidad actual pehuenche, influirían en todo el universo de ésta: en su ambiente físico, en sus normas, en sus comportamientos culturales, en su organización social, en sus condiciones psíquicas y en sus aspiraciones.

Efectos negativos concernientes al período de funcionamiento de la central y al tiempo futuro

Es evidente que las repercusiones de la construcción de la central de Ralco, antes señaladas, se proyectarían durante su funcionamiento y por ende en los años venideros.

Apresuramiento de cambios étnicos

En relación o complementación de ellas se puede prever una intensificación apresurada del mestizaje biosomático y cultural por imperativo de nuevos modelos de existencia, de nuevas personas, de nuevos bienes de consumo, es desmedro de la identidad aborigen.

Efectos positivos del período de construcción de la central

Caminos

A la postre, el incremento vial constituye un medio de adelanto de las comunicaciones y de solución de problemas de aislamiento, que puede salvar vidas humanas en peligro; en circunstancias de que las vías de tránsito entre los sectores urbanos y rurales se abrirán indefectiblemente en la zona a corto o a mediano plazo.

Al respecto, es ahora oportuno recordar el camino que en parte se construyó y en parte se mejoró, en la década de los años 80, desde el pueblo de Ralco hasta la localidad de Trapa-Trapa, donde se halla la reducción pehuenche más cercana a Argentina, en las inmediaciones del volcán Copahue. Incluyó un gran trabajo de indígenas lugareños con chuzo, picota y pala, mediante el impulso tenaz del, en ese entonces, alcalde de la Municipalidad de Santa Bárbara, don René Correa Hermosilla, y causó impactos fuertes en los habitantes del sector. Hoy, ningún pehuenche ni ningún colono niegan la utilidad de ese camino, pero quizás también ninguno sea capaz de evaluar aún las transformaciones culturales que han penetrado por él.

Nuevas fuentes de trabajo

Seguramente ENDESA contratará a pehuenches en calidad de obreros no calificados, lo que significará un salario para ellos, como paliativo de la pobreza que algunos sufren en su condición de campesinos sujetos a una acelerada improductividad de sus tierras, en tanto que los mismos indígenas han expresado repetidas veces que sus habituales tareas agrícolas y ganaderas no se resentirán por su ausencia de sus localidades ya que otros miembros de sus familias se harían cargo de esas tareas, como puede colegirse del

hecho de que no pocos jóvenes sobran laboralmente en las reducciones, de una manera muy notoria en la época de las invernadas.

Efectos positivos del período de funcionamiento de la central y del futuro

Expectativas de desarrollo cultural, social y económico

Si se considera que la etnia mapuche-pehuenche está incorporada al macrosistema nacional, y que principalmente sus integrantes infantiles, adolescentes y jóvenes necesitan oportunidades de formación educacional y laboral a breve plazo, las consecuencias de la puesta en marcha de la central de Ralco les abrirán posibilidades ciertas para acceder a mayores niveles de escolaridad que los básicos de ahora, a mejores centros asistenciales de salud, a soluciones de los problemas actuales de infraestructuras y equipamiento sanitarios de sus viviendas, a la instalación de energía eléctrica con fines domésticos y productivos, a más eficacia de la imprescindible locomoción colectiva, y, por consiguiente, a nuevas y más numerosas fuentes de trabajo; expectativas todas que los pehuenches han dado a conocer como propias.

Sin duda que las materializaciones de ellas se relacionarán en la vida cotidiana con los efectos negativos para la condición étnica pehuenche, ya indicados en este estudio, en los que el comercio y el turismo descollarían por su influjo, pero todos los cambios mencionados y otros hoy impredecibles surgirán en el Alto Bío-Bío con o sin centrales hidroeléctricas, probablemente con menos premura si éstas no se construyesen, por lo cual debe asumirse una responsabilidad frente a esta situación, a través de medidas que se propondrán más adelante.

Central Aguas Blancas

El proyecto de esta central "se localiza junto a la confluencia del estero de igual nombre con el Bio-Bío, a unos 30 km aguas arriba de Santa Bárbara" (*Von Bennewitz*, p. 118).

Según información de ENDESA, de construirse, no entraría en funcionamiento en los próximos veinte años, y su embalse abarcaría 1.700 ha con una cota de coronamiento de 414,00 m.s.n.m. y una cota de aguas máximas de 409,00 m.s.n.m.

Antes de referirse a sus impactos, y a diferencia del caso de la central de Ralco, debe recordarse que la de Aguas Blancas no inundará tierras pehuenches.

*Efectos negativos correspondientes
al período de construcción de la presa*

Llegada de personas no pehuenches

Por la ubicación del lugar donde se construiría, esta consecuencia no sería tan directa y profunda como respecto de la central de Ralco. Pero el flujo de gente extraña a la cultura indígena, que por una u otra causa se movilizará a las reducciones pehuenches, entre otras, por razones de adquisición de artesanías, de animales y de piñones, produciría efectos como los ya descritos respecto de la central de Ralco.

*Efectos negativos del período de funcionamiento
de la central y del tiempo futuro*

Apresuramiento de transformaciones étnicas

Sin llegar al grado de penetración y de rapidez señalado en el punto de esta clase de efectos pertinentes a la central Ralco, en cierta medida la puesta en marcha de la central Aguas Blancas contribuiría al cambio planteado en dicho punto.

Efectos positivos del período de construcción de la central

Nuevas fuentes de trabajo

A fines del primer cuarto o a comienzo del segundo, del siglo XXI, cuando se iniciara la operación de esta central, el proceso de transformaciones de la vida mapuche-pehuenche habrá avanzado muchísimo; pero, es previsible que algunos años antes a ese entonces también su construcción proporcionase una ocupación laboral a los pehuenches, aunque quizás en menor número de obreros no calificados respecto de lo ocurrido en la central de Ralco, pero en mayor cantidad de obreros calificados y de personal aún de mayor nivel profesional y técnica, como fruto de la capacitación que seguramente en ese tiempo tendrán los aborígenes del Alto Bío-Bío.

*Efectos positivos del período de funcionamiento
de la central y del futuro*

Expectativas de desarrollo cultural, social y económico

Sobre este particular cabe remitirse a lo expresado en el punto a. de la misma clase de efectos de la central Ralco, ya que, obviamente, los acontecimientos fundamentales serán los mismos en el caso de Aguas Blancas, con las

condiciones propias de los adelantos que existirán en el mundo, en Chile y en el Alto Bío-Bío en la época de la puesta en marcha de esta central.

Central Huequecura

Según el mencionado profesor Domingo Curaqueo, Huequecura significa en castellano piedra laja.

El lugar elegido para construirla está “a unos 60 km al sureste de la ciudad de Los Ángeles y a 20 km al oriente de Santa Bárbara, en la angostura El Piulo, que queda inmediatamente después de la confluencia del río Huequecura con el Bío-Bío”. (Von Bennewitz, p. 120).

Según información de INGENDESA, comenzaría a funcionar no antes del año 2003 y su embalse cubriría una superficie de 1.350 ha, con una cota de coronamiento de 334,00 m.s.n.m. y una cota de agua máxima de 330,00 m.s.n.m.

Esta central, como la de Aguas Blancas, tampoco inundará tierras pehuenches.

En cuanto a sus efectos negativos y positivos, tanto los correspondientes al período de construcción como de funcionamiento de ella, los considero semejantes a los ya descritos de la central Aguas Blancas, con las diferencias pertinentes a la situación social y cultural que tengan los pehuenches a inicios del siglo XXI, en el caso de Huequecura y ya avanzado el mismo, respecto de Aguas Blancas, la que sería pronosticable en cuanto a las transformaciones generales que se observan hoy, pero no en los elementos específicos que caracterizarán a los pehuenches de los próximos treinta años, y sobre los cuales es de esperar que puedan ejercer decisiones propias y eficientes para su vida.

PRINCIPALES MEDIDAS PARA DAR SOLUCIÓN, MITIGAR O COMPENSAR LOS EFECTOS NEGATIVOS

Medidas atinentes a la ENDESA

1. Entrega de información, verbal y escrita, de un modo preciso y comprensible, mediante una comunicación apropiada para los grupos pehuenches, acerca de la construcción de las centrales hidroeléctricas.

2. Compensar a los afectados por pérdida de tierras con otras que les permitan continuar sus modos de producción y preservar sus hábitos culturales tradicionales.

3. Compensar a los perjudicados por pérdida y/o deterioro de sus viviendas, animales y otros bienes de la manera más satisfactoria para ellos, evitando injustos daños individuales y sociales.

4. Contratar obreros mapuches para la construcción de las centrales, con la mayor amplitud posible.

5. Proporcionar recursos a instituciones que se dedicasen a la capacitación técnica de los pehuenches.

6. Patrocinar la creación de una entidad que se preocupe de activar la conciencia étnica de los pehuenches y de cautelar la conservación de sus tradiciones culturales y su ambiente, constituida por expertos de distintas disciplinas y por miembros pehuenches, que efectuara una evaluación periódica de su evolución, con respeto por su libertad de decisión.

Municipalidad de Santa Bárbara

1. Lograr la colaboración de instituciones nacionales y extranjeras para combatir los problemas de salud que aumentan entre los pehuenches, y en especial el creciente alcoholismo que se comprueba en todas las comunidades y en su centro urbano de concurrencia que es el pueblo de Ralco.

2. Estudiar y poner en práctica factores educacionales que resguarden e intensifiquen la identidad cultural pehuenche, para lo cual la Oficina Regional de Educación de la UNESCO, con sede en Santiago de Chile, cuenta con una probada experiencia.

3. Elaborar y desarrollar proyectos de promoción económica en el campo de la artesanía tradicional local.

Instituto de Desarrollo Agropecuario

1. Procurar investigaciones y acciones para detener los daños irrecuperables que causan a las tierras agrícolas y forestales su mal manejo, con las consiguientes bajísimas cosechas, y lograr un mejoramiento del ganado bovino y ovino; así como para aprovechar las buenas condiciones de suelos y clima, como los de Callaqui, para la producción de guindas y cerezas.

CONCLUSIONES

1. La etnia pehuenche constituye hoy una microsociedad en un acentuado proceso de cambios culturales y sociales, con graves problemas económicos y un deficitario estado de salud predominante en la edad infantil, los cuales se hacen más agudos por un creciente alcoholismo.
2. Esta precaria condición y la dependencia cada vez mayor del macrosistema nacional estatal han llevado a la mayoría de los pehuenches a transformarse en campesinos pobres, por lo que apremia la aplicación eficaz de acciones que detengan su paulatino deterioro, con un decidido respeto por su tradición aborígen.
3. Para lograr este objetivo general y buscar, en particular, la solución adecuada a los daños que sufrirían con la construcción y funcionamiento

de las centrales hidroeléctricas, deben implementarse válidos canales de comunicación de los pehuenches con el Estado, el Gobierno de la Nación, e instituciones idóneas.

4. Los efectos negativos y positivos de las centrales deben evaluarse en el contexto de la actual realidad de la incorporación del pueblo pehuenche a la sociedad chilena, procurando un equilibrio entre sus propios deseos de desarrollo y bienestar y la conservación de su identidad y su cultura.
5. Cualquier criterio que se adopte frente a la situación de los pehuenches, ha de basarse sobre principios de equidad y de justicia cuyas medidas intenten dar término a su marginación social y reafirmen el derecho a la libertad del hombre.

ANEXO 1: INFORME PSICOLÓGICO DE UN PÁRVULO PEHUENCHE

I. Individualización:

Nombre :
 Fecha de nacimiento : 29 de diciembre de 1974
 Edad : 6 años, 10 meses
 Escolaridad : Kindergarten, Liceo B-76 de Sta. Bárbara
 Motivo de consulta : Evaluación intelectual
 Fecha de Examen : octubre de 1981.

II. Antecedentes:

Grupo Familiar: Padre (trabajador del PEM, 3º preparatoria
 Madre (dueña de casa, sin instrucción escolar).

4 hijos de los cuales sólo Bernardino está fuera del hogar, los otros 3 que son menores, permanecen junto a sus padres.

Situación Socioeconómica: Familia de la reducción indígena de Trapa-Trapa, catalogada en situación de extrema pobreza por encuesta del Ministerio del Interior.

Rendimiento escolar: Satisfactorio.

III. Resultados del examen:

Pruebas aplicadas: WISC (baremos UC, 1962). Binet-Simon; Bender-Koppitz.

Nivel Intelectual:

Pese a que se intentó la aplicación de 2 pruebas de inteligencia, no fue posible arribar a resultados concretos a través de ninguna de ellas. Algo similar ocurrió con la exploración de la función perceptual psicomotriz. Pareciera que el impedimento mayor está dado por la insuficiente asimilación de la cultura "chilena" (en el lenguaje), y porque no logra aún asumir una situación de examen, no comprende lo que significa ni lo que se le pide como comportamiento.

Sin embargo es capaz de hacer una serie de cosas, como por ejemplo: armar rompecabezas simples, reconocer esquema corporal propio y ajeno, distinguir colores, reconocer objetos familiares, y seguir instrucciones. Esto, unido a un notorio afán por rendir, y a una buena capacidad de atención y concentración, hace suponer que el nivel intelectual del menor no está significativamente descendido, sino que más bien hay dificultades de adaptación que, temporalmente, están impidiendo la medición de él.

IV. Conclusiones:

1. Proseguir proceso de socialización, en especial en el plano educativo.
2. Intentar nueva evaluación en 2 años más aproximadamente.

BIBLIOGRAFÍA

- Aldunate, Carlos.** "El indígena y la frontera", en: Villalobos, Sergio *et al.*, *Relaciones fronterizas en la Araucanía*. Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1982.
- Álvarez, Gregorio.** Neuquén, su historia, su geografía, su toponimia. Neuquén, Editorial Pehuén, 1972-1988.
- Bengoa, José.** *Historia del pueblo Mapuche*. Siglos XIX y XX. Santiago, Ediciones Sur, 1985.
- Bragg, Katherine.** "Los conceptos lingüísticos de la división de espacio, tiempo y actividades en una comunidad pehuenche", *Actas de las Jornadas de Lengua y Literatura Mapuche*. Universidad de la Frontera e Instituto Lingüístico de Verano, Temuco, 1984, pp. 177-188.
- Canals, Frau Salvador.** Las poblaciones indígenas de la Argentina. Buenos Aires, Ediciones Sudamericana, 1953.
- Casamiquela, Rodolfo.** *Un nuevo panorama etnológico del área pan-pampeana y patagónica adyacente*. Santiago, Ediciones del Museo de Historia Natural, 1969.
- Casamiquela, Rodolfo.** "Características de la araucanización al oriente de los Andes", *Cultura-Hombre-Sociedad*, Volumen 2, N° 1, Temuco, 1985.
- Coña, Pascual.** Memorias de un cacique mapuche. Santiago, ICIRA, 1973.
- Cox, Guillermo Eloy.** "Viaje a las regiones septentrionales de la Patagonia". *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, Tomo XXIII, 1863, pp. 437-509.
- Dannemann, Manuel,** "Plan Multinacional de Relevamiento Etnológico y Folklórico", *Revista Musical Chilena*, Santiago N° 141, 1978, pp. 17-41.
- Dannemann, Manuel y Valencia, Alba.** *Grupos aborígenes chilenos. Su situación actual y distribución territorial*. Santiago, Colección Terra Nostra N° 15, IMPATER, Universidad de Santiago de Chile, 1989.
- Dannemann, Manuel.** *La cultura regional tradicional, de la Región del Bío-Bío*. Santiago, Colección Terra Nostra N° 18, IMPATER, Universidad de Santiago de Chile, 1990, pp. 63-72.
- De la Cruz, Luis.** "Descripción de la naturaleza de los terrenos que se corresponden en los Andes, poseídos por los pehuenches". en Angelis, Pedro de, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*. Buenos Aires, tomo II Buenos Aires: Plus ultra. 1836.
- Domeyko, Ignacio.** *La Araucanía y sus habitantes*. Buenos Aires. Editorial Francisco de Aguirre 2ª Ed. 1971.

- Domeyko, Ignacio.** *Mis viajes*, tomo II. Santiago, Ed. de la Universidad de Chile, 1978.
- Guevara, Tomás.** *Chile prehispano*, Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells, 1929.
- Latcham, Ricardo.** "Los indios de la cordillera y la pampa en el siglo XVI", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Santiago, N° 66-69, julio-septiembre de 1929, abril-junio de 1930.
- Madrid, Jacqueline.** "Los chiquillanes, indígenas ambulantes del Cajón del Maipo", *Boletín de Prehistoria de Chile*, N° 9, 1985, pp. 15-61.
- Mariño de Lovera, Pedro.** *Crónica del Reyno de Chile, (1528-1594)*, Santiago, Colección de Historiadores de Chile, tomo VI, 1865.
- Molina, Abate, J.I.** *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile, 1787*, Santiago, Colección de Historiadores de Chile, tomo XI, 1878.
- Municipalidad de Santa Bárbara.** *Informe global. Sector Alto Bío-Bío, Comuna Santa Bárbara, Santa Bárbara, 1989.*
- Orellana, Mario.** "Apéndice técnico referido a un problema que afecta a la etnia pehuenche", en *Manual de Introducción a la Antropología*, Santiago, Corporación de Promoción Universitaria, 1990, Capítulo VII, pp. 68-75.
- Oyarzún, Aureliano.** "Cay-Cay y Tén-Tén, o sea, tradición del diluvio universal", *Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile (Santiago) tomo II, N° 1, 1920*, pp. 119-127.
- Poeppig, Eduard.** *Un testigo en la alborada de Chile (1826-1829)*, Santiago, Zig-Zag, (Traducción y notas de Carlos Keller), 1960.
- Schobinger, Juan.** "Arqueología de la provincia del Neuquén", *Anales de Arqueología y Etnología (Mendoza) XIII, 1959*, pp. 6-232.
- Sors, Fray Antonio.** "Historia del Reino de Chile, situado en la América Maridional", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Santiago, N° 1, 42-43 y 45-46, 1921-1922.
- Van Kessel, Juan.** *Holocausto al progreso. Los Aymaras de Tarapacá*, Amsterdam, CEDU, 1980.
- Vicuña Mackenna, Benjamín.** *La guerra a muerte*, Santiago, Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1975.
- Villalobos, Sergio.** *Los Pehuenches en la vida fronteriza*, Santiago, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, 1989.
- Von Bennowitz, Rodolfo.** *Recursos hidroeléctricos de la cuenca del Bío-Bío*, Santiago, Colección Terra Nostra N° 18, INPATER, Universidad de Santiago de Chile, 1990, pp. 83-135.
- Zapater, Horacio.** *Los Aborígenes de Chile a través de cronistas y viajeros*, Santiago, Ed. Andrés Bello, (2ª Ed.), 1978.
Congreso Nacional de Pueblos Indígenas, Santiago. Edición de la Comisión Especial de Pueblos Indígenas, Imprenta Editorial Interamericana, 1991.